

piedad—que dicho impuesto no es de nuestra incumbencia.

—¿Cómo no es de nuestra incumbencia?

—Sí, respondió el Licenciado López; porque sale de la *órbita administrativa* y es del *resorte municipal*. De suerte que... no está en nuestras facultades....

—¡Todo está en nuestras facultades! interrumpió el Gobernador. Pero lo que hay aquí es que hay pocos coches, aun entrando el mío en la cuenta, y, ni poniéndoles á cada uno mil pesos, se *llena* el derrame del impuesto.

—Estimo conveniente—manifestó el Licenciado Rábula—que fijemos la atención en la agricultura.

—¡Qué aberración!—exclamó el Secretario de Gobierno.—¿Cómo vamos á ceegar la fuente más abundante de la riqueza pública? ¿Quién piensa en comprometer el ramo que da más pingües rendimientos al tesoro? ¿Qué otro ofrece más seguro y cuantioso tributo? Lo que dan al erario las fincas, lo sé yo tan bien como el señor Tesorero. Ahí está mi rancho del *Zempazúchil*, hipotecado hace dos meses para pagar, para cubrir vencimientos de trimestres que debía al gobierno. ¡Es-jo es atroz! La gente de los campos sufre mucho. ¡Habría quizás un levantamiento! Propongo que le carguemos la cuenta al ramo de minería.

—Ahora soy yo—dijo el Tesorero—quien hace observar que apenas hay m-

nería en el Estado. ¡En tres meses no se ha registrado un denunció! Yo estoy en sociedad con los propietarios de las minas «El Escorpión» y «Tarántula» unidas, y todo se nos va en *rayas* de mozos. Eso está muerto.....

—¡Es que aseguran que han tenido ustedes una bonanza magnífica!

—Pintaba bien, señores.... pero vino una *borrasca* que nos dejó temblando.

—Bien, dijo el General, no se distraigan del *objeto*.

—Me permito indicar, señor, que se haga *descansar* el impuesto en *cuestión*, sobre la propiedad urbana.

—Deténgase, amigo, y no se me *desboque*, interrumpió el General. ¡Carancho! Todos *rascan pa dentro* y cada pastor busca su cabra. ¡También yo soy del número *uno* de caballería! Hace poco *me hice de la casa* de mi compadre Ruaño y la mandé *recostruir* y la tengo llena de *viguería*, de andamios y ya está la gente *dándole recio al trabajo*, y todavía tengo que pagar la *contenta*..... ¿Y quiere echarme también á mí la contribución? ¡Si allí voy á meter mis *guardados* y mis alcances que voy á cobrar!..... ¡Si ya *pagamos* no sé cuántos al millar!

—Señor, le suplico á usted me perdone. No me acordaba de ese asunto—dijo Rapiña.

—¡Adios! ¡Si se lo dije..... cómo no se había de acordar!.....

—En todo caso, señor Gobernador—prosiguió Rapiña—podíamos hacer una excepción de la casa de usted y las que después vaya adquiriendo.

—Nada de eso... nada de *eseciones*... soy íntegro... y tengo *porvidad*. Ley pareja. No quiero tocar á mis amigos, pero tampoco que me *tanteen de pelele*.

—¡Así se hace! exclamó López.

—Eso se llama proceder con justicia y equidad, sentenció Rábula.

—En resumidas cuentas—siguió el General—no se puede poner la contribución sobre nada de lo dicho ¿verdad? Pues ¿sobre qué *la echamos*?

—¿Quieren ustedes gravar las fincas de caña? interrumpió Bermejo.

—¡Vaya, hombre! dijo el señor Gobernador... ¿eso está bueno! ¿Nadie de ustedes tiene caña?

—Nó, nó.

—Nó, nó.

—Nó, nó, ninguno.

—Pues creo que con la caña y hasta con la alfalfa podremos darnos gusto.

—Sí, le aumentaremos la cuota por surco... dijo López, fijaremos una cuota por extracción de la miel... otra por cada *pan* de azúcar *elaborado*... cuota por la salida *fuera* del Estado... por la que salga *fuera* del municipio y hasta por la que vaya de una tienda á otra...

—Perfectamente, dijo el Gobernador, me parece todo *muy al pelo*.

Aquí iba el primer magistrado en sus observaciones, cuando entró Pérez el Secretario particular, con unos papeles en la mano.

¿Qué hay de nuevo? le preguntó el General.

—Traigo las respuestas al ataque procaz que *nos* hizo "El Eco Público."

—A ver—manifestó el General Acetuno—léalas *recio* para ver qué les parecen á estos señores.

—Este párrafo—advirtió Pérez—es el que publicará el «Periódico Oficial,» y dice así:

«EL ECO PUBLICO.»

"En respuesta á la interpelación que nos dirigió «El Eco Público» sobre sus puestos desórdenes en el pueblo de San Jacinto Huisquilacatlán, tenemos que manifestar al apreciable colega, que la noticia de su corresponsal, referente á los disturbios que anuncia, es enteramente inexacta."

—Está bueno, dijo el Gobernador, sería conveniente agregarle que, á pesar de todo, ya mandamos *un piquete* al lugar de los sucesos.

—Si vd. me lo permite, señor General, observó López, me atreveré á indicar á vd. la inconveniencia de esta última aclaración... Sería enseñar la oreja.

—Hombre, dice vd. bien. Y luego, di-

rigiéndose á Pérez, le preguntó:—¿Qué otro papel trae vd. ahí?

—Es la respuesta que dará «El Remediador,» *nuestro* periódico oficioso. Aquí, como no habla el gobierno, le cargué un poco la mano. Vea vd. . . . vean ustedes:

A «EL ECO PUBLICO.»

"Con su acostumbrada insidia, el órgano de los deturpadores que tiene el poder pular gobierno del ameritado y probo General D. Candelario Aceituno, se colude en nuevos ataques contra todo el personal de la Administración que rije los destinos de esta importante entidad federativa.

"No contestaríamos á cargos tan infundados, como los que acostumbra el colega, si no tomara el pretexto de un fingido trastorno en un pueblo del Estado, para dar corriente á la ponzoñosa baba de sus calumnias. Sólo desprecio merecen tales versiones, por ser ellas palmaria mentira y por venir de tan nau-seabundo origen. Por fortuna la Administración del General Aceituno y su círculo de amigos en que se cuentan estadistas como el Licenciado López; jurisconsultos, como el Sr. Rábula; políticos de la talla del Sr. Bermejo, y jóvenes de porvenir como el Secretario Pérez, están muy por encima de tan venenosos vituperios, debidos á la pluma de los que no han podido medrar al abrigo del

"Gobierno, y cuyos amagos al erario público, se han estrellado contra la honradez indiscutible del digno gobernante que dirige con certero pulso *el timón de la nave del Estado.*"

—¡Bravo. . . . magnífico!—exclamaron todos.

—Y agregue—indicó el General—que esos pillos no hallaron cabida en mi Gobierno también.

Cuando Pérez salió, Rapiña se le acercó al oído y le dijo:

—Es vd. un ingrato: para mí no tuvo vd. ningún elogio.

—Se lo haré merecido. Pierda vd. cuidado.

—Con que, señores—prosiguió el General—vayan á preparar el proyecto de ley, para decirle al Congreso que lo apruebe inmediatamente.

Los presentes salieron á tiempo que entró el ayudante, que era nuestro conocido Rodríguez Istiércol, á anunciar al diputado Ampula.

—Que pase—ordenó el General.

Entró Ampula con semblante halagüeño, como un general en los momentos de escribir el parte de la victoria.

.....
.....
—¿Qué de nuevo tiene, amigo? le preguntó Aceituno.

—Vine solamente á participar á vd.

CAPILLA ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

señor General, que las muchachas quedaron contentas de su visita.

—¿Habla vd. de las pensionadas?

—No señor... de las otras.

—¡Ah... ah... bien! (y sonrió dulcemente)

—La señora, sobre todo, se muestra agradecida por el pañolón.

—Vaya, vaya... ¿con que les cayó bien todo?

—¡Ya lo creo, señor! ¡Si eso era natural! Se resisten á recibir en su casa á los muchachos sin porvenir y á gente de medio pelo; pero á un personaje de la elevada categoría de vd... de tanto mérito militar, de renombre... ¡la primera figura del Estado!... ¿Quién no cede?

—¿Y qué dijeron?

—Que han estado esperándonos todas estas noches... que cuándo volverán á tener el gusto de vernos por allá. Con mucho interés me preguntaron si estaba vd. enfermo... y si no le hizo mal la velada aquella.....

—¿Y usted qué les dijo?

—Que está vd. bien, muy complacido de sus finezas y que *su salud es de hierro*.

—Ya lo creo. Y aquí entre nos, si vd. viera cómo la he corrido y la corría desde que fui zapador... Esta noche tenemos el banquete que nos da la «Sociedad de Obreros Libres;» pero mañana

véame vd., y nos damos una vuelta por allá *en cuanto caiga la nochesita*.....

El General tomó su bastón, su sombrero, que le pasó Ampula, y tocó el timbre.

Al punto se presentó el ayudante.

—Dígale á Pérez que esta misma tarde se pase por mi casa y me lleve escrito el brindis que debo decir en el banquete de esta noche... Y luego, dirigiéndose á Ampula:

—¿Quiere vd. venir á tomar conmigo el aperitivo?....

—¡Con toda el alma, señor General!



CAPITULO XIX.

Historia de un monumento notable; reseña de su inauguración; leyenda del caudillo Carrizales.... Apoteosis.

BIEN sencilla es la historia de aquel celebrado monumento.

Aunque bisoño en la difícil tarea de gobernar, pensó desde luego el General Aceituno, *hacer algo que produjera efecto en las masas populares*. El erario público, que como el fénix, renacía de sus cenizas, no podía permitir grandes dispendios; los puentes, las calzadas y algunas otras mejoras en proyecto, eran de construcción dilatoria y difícil: se imponía, pues, la necesidad de intentar una obra de pronta conclusión y soportable costo. A este fin, y como idear cualquiera otra cosa, se fijó el señor Gobernador en *la erección de una estatua*.

Bueno..... habría estatua; pero ¿de quién? Este problema, que Don Candelario no podía resolver por sí solo, tenía seriamente preocupado.

Una tarde que hablaba con el Doctor Don Joaquín Mortal, Director del Hospital y Catedrático de Patología en el Ins-

tituto de Ciencias, abordó la cuestión de esta manera:

—Oiga, doctor ¿no tiene por ahí un *herue*? Lo estamos necesitando mucho.

—¿Un héroe? contestó el facultativo, no uno..... hay varios..... ¡si tenemos donde escoger! No hay más que nombrar á Hidalgo, Morelos, Allende, Aldama y tantos otros, sin contar los aztecas, zapotecas y tlaxcaltecas de feliz recordación.... También tenemos....

—No; interrumpióle Don Candelario, yo quiero un *herue de acá*..... *herue local*..... de casa, como si dijéramos así también.

—¡Ah... oh! eso es otra cosa; pues... no recuerdo *por ahora*. Es preciso pensar.... pulsar....

—Bien, piénselo y *luego después* me dice lo que pensó.

Por aquellos días se trató el asunto en la Secretaría de Gobierno, donde fueron consultados los eruditos más famosos de la población: *in cápite* el Oficial Mayor de la Secretaría, hombre versado en códices y pergaminos, algo conocedor de lenguas indígenas (porque indio era el tal) y además, coleccionador de *ídolos* auténticos y falsificados. El parecer de aquel oficinista, que casi estaba en opinión de sabio, bastó con superabundancia para el objeto que se deseaba. El cielo sabe de dónde fué á sacar el Oficial Mayor la biografía de un ciudadano, cuya

memoria iban cubriendo las ingratas cenizas del olvido. Dió el sabio noticias, aunque pocas, suficientes para hacer viable la celebridad que se necesitaba; hurtóse, además, un cuadro antiguo que era el trasunto fiel del candidato á estatua, y aunque el retrato era nada menos que del cadáver del sujeto que iban á glorificar, vencióse el obstáculo en un momento, dando el lienzo á un pintor para que resucitara al difunto.

Una vez que, á falta de otro, fué aceptado el héroe propuesto por el Oficial Mayor, se encomendó á este empleado la tarea de formar la biografía del designado á la apoteosis, para repartirla en folletos el día de la inauguración de aquel monumento provincial que llamaba el señor Gobernador *una mejora*.

Envióse el cuadro á un artista de la metrópoli, para modelar la estatua, y se expidió convocatoria á los arquitectos para la construcción del pedestal.

Planos fueron y vinieron con proyectos de todas clases y gustos y precios. Uno costaba 10,000 pesos, otro 15,000, otro 20,000 duros. Cosa rara: el mejor era el más barato; pero se eligió el último, no se sabe por qué combinación oculta, entre Don Modesto Rapifia (el tesoro) y el ingeniero proponente.

—Lo notable de *mi pedestal*, decía el autor, es que armoniza el estilo griego y el mexicano: es greco-azteca puro, y en

él puse cornisas del Paternón y adornos de las ruinas de Mitla y del Palenque.

Arreglado esto, que era lo indispensable, el *órgano oficial del Gobierno* pudo publicar lo que sigue:

«Celoso como el que más, el ilustre gobernante del Estado, de cuanto significue gloria para nuestro país, no ha vacilado *un solo instante* en decidir que el «suntuoso monumento con que se adornará la plaza céntrica de esta culta capital, sea dedicado á la memoria del «egregio ciudadano Juan Manuel Carrizales. Vivo está el recuerdo de este venerando patricio. Guerrero era por temperamento, aunque nunca perteneció al «ejército; pero supo esgrimir las armas «contra las facciones que empafiaban la «honra nacional y supo también vencer.

«Guardan sus esclarecidos hechos las «páginas de la historia, donde están grabados con letras de fuego. Sus triunfos «son: la toma del pueblo de San Francisco, llevada á cabo con trece hombres «contra cuarenta que tenía el enemigo; «la persecución de la gavilla de Juan el «*Tunero*, el terrible bandido que asoló «estas comarcas, y la heroica retirada «que verificó estando sitiado en Rancho «Venado, de donde salió burlando á sus «treinta sitiadores, acompañado de su «mozo fiel Adelaido Santiago.

«Si la implacable peste de viruelas nos «arrancó prematuramente, á tan valiente

«paladín del derecho y la libertad, *cons-*
 «*picuo* por todos conceptos, el bronce lo in-
 «mortalizará bien pronto, hoy que el Es-
 «tado cuenta con un mandatario modelo,
 «con un estadista perito, con un militar
 «bizarro, con un jefe pundonoroso que
 «sabe hacer justicia á quienes la mere-
 «cen.....

Mientras se aprobaban los planos del monumento y se fundía la estatua y se erigía el pedestal, la H. Legislatura se dió la mayor prisa en llenar aquel intermedio, declarando Benemérito del Estado al C. Juan Manuel Carrizales. Entre tanto, el Oficial Mayor trabajaba activamente, escarbando archivos y consultando ancianos y ancianas en busca de noticias referentes á la vida pública y privada del héroe. Uno habló del traje que tenía Don Juan Manuel; otro de sus costumbres; aquel de sus rasgos de carácter; éste de sus señas personales.

—Le conocí, dijo Rábula, una noche que hubo bautizo y *él* fué padrino. Tenía indómita fiereza..... hubo instante en que creí que ahogaba á su ahijado dentro de la pila bautismal..... Lloraba la criatura, y *él* frunciendo la ceja, la golpeaba contra la fuente, con furia, para imponerle silencio.... ¡Qué hombre! Tenía un modo peculiar de tomar chocolate: lo saboreaba hirviendo y sin pan. Se con-

tentaba con ver los bollos; pero con tanto enojo, que parecía que se los iba á comer....

* * *

¡Alabado sea Dios!..... Ya está la escultura de Don Juan Manuel Carrizales sobre su pedestal; ya está cubierta por un velo de manta ruin que la oculta á las miradas profanas del vulgo; ya se levantó, frente al monumento, un pabellón para *la comitiva oficial*; ya se adornó la plaza, que en lo sucesivo se llamará "de Carrizales;" ya se invitó á la prensa metropolitana y hasta llegaron cinco *reporters*, más bien atraídos por el tufillo de los banquetes, y la franca gorronería, y la constante francachela, que por el afán de dar noticias á sus diarios..... en fin, ya está hecho el programa de la festividad y en él figuran dignamente: el discurso del Lic. Juan Antonio Ampula, el acto inaugural del descubrimiento de la estatua, el paso doble que compuso expresamente el Director de la Banda y que se intitula "Llor al Genio," la salva de veintitún cañonazos, y la serenata final con los fuegos de artificio, por añadidura.

¡Oh ilustre Don Juan Manuel! Cuando dabas tajos con tu sangriento sable en el pueblo de San Francisquito, nunca pudiste haber imaginado que rompías á machete vil las puertas de la inmortalidad.

¡Quién te hubiera predicho las horas de ventura que preparabas á tu pueblo!...

Vino el día deseado.

Ya había compacta multitud en la plaza, cuando llegaron el señor Gobernador y su lucido cortejo á ocupar sus puestos respectivos en el pabellón cercano á la estatua.

Sonó el Himno Nacional, dispararon las piezas, silbaron los cohetes en el aire y Don Candelario, seguido de la comitiva, descorrió la cortina que cubría el monumento. Después, desde el primer magistrado abajo, todos depositaron coronas de flores en la base ó sobre el pedestal, á los piés de la escultura.

Acto continuo seguía el discurso *alusivo*.

—¿Qué tal? preguntó Don Candelario á un médico que tenía cerca, y no era otro que Don Joaquín Mortal. ¿Se parece la copia al difunto?

—Ni vivo Don Juan Manuel se asemeja tanto á sí mismo, como ahora..... en bronce.

Y entre los *reporters* se cambiaban estas frases:

—¿Tomas el discurso completo?

—Nó, porque nos han tratado mal. Es cierto que nos han pagado el hotel y las copas y el boliche; pero si no saco una subvención, doy *no más* un parrafito.

—¿Le hablaste al Gobernador?

—¡Si es un bruto! Me dijo: "No deje

usted de echar *párrafos y editoriales* en mi favor."

—¡Tú verás!

Sonó la campanilla, subió el Licenciado Ampula á la tribuna y empezó el discurso, en que habló de todo menos del héroe.

Pero eso sí, salieron á colación *los torpes abusos del partido del fanatismo* y de *la barbarie*; el *sol de la libertad resplandeciendo* con más fulgor que las hogueras *inquisitoriales*; los grilletes rotos al *tremendo empuje* de la *revolución del 93*; la *sombra de Robespierre* que *se yergue* sobre los *negros fantasmas de la impostura clerical*; el pontificado que *rastrea* como *sierpe venenosa emponzoñando* los *ideales de la civilización y del progreso*. Citó el orador *El Mundo Marcha* de Pelletan, el "*esto matará á aquello*" de Víctor Hugo y parodió la frase de Gambeta: "*el clericalismo ¡he ahí al enemigo!*"

—¡Caramba! exclamó Rábula. Mi compañero Ampula, no recuerda que sirvió al Imperio.

—Es un bailarín, dijo Bermejo.

—Sí, manifestó el tesorero Rapiña (que bajo la capa de santo era un hipocritón de tomo y lomo) éste es un sinvergüenza que quiere ser gobernador. Habla porque se adjudicó casas.....

Dieron las once..... las once y media..... las doce..... las doce y media.....

CAPILLA ALFONSO

y todos estaban rendidos de aburrimiento y adormecidos por el calor.

Sobre la multitud apiñada, sudorosa y atónita del pueblo, todavía á la una, se oía la voz estentórea, aunque vencida, del orador que gritaba: *atrás huestes traidoras del envilecimiento y la abyección; atrás hordas famélicas de siluetas macabras que se desbaratan al soplo del movimiento civilizador; atrás ¡yo os maldigo en nombre de la historia!*.....



CAPILLA ALFONSO X

CAPITULO XX.

En que se verá lo que se pensó hacer y fué hecho con motivo del "día onomástico" del General Aceituno.

OS subscripciones se corrieron entre los empleados: la primera general, organizada por "los de más copete" y cubierta por todos, desde el alto Oficial Mayor, hasta el más humilde meritorio. El producto de ese primer *derrame* se destinó á un objeto valioso, cuya compra de ningún modo hubiera acometido el haber de un solo individuo. La segunda subscripción fué (conforme decían los términos de las listas) *económica de cada departamento*, y se invirtió en el costo de bien combinados tarjetones que, ya con letras de oro, ya en caracteres impresos á varias tintas, contenían "la más atenta y respetuosa felicitación" dirigida "al digno Gobernante del Estado," al "ilustre General Don Candelario Aceituno" como "prueba" ó "testimonio de simpatía sincera," "acendrado afecto" y "profunda adhesión" de sus empleados. Y allí seguían las firmas, en orden correcto de formación tipográfica, ó bien, mezcladas

en la clásica "mesa revuelta" donde muchas miradas atónitas barrían la cartulina, buscando un nombre inscrito por la primera vez en letras de imprenta.

Satisfactorio fué el resultado del primer prorrato, porque con *lo que arrojó*, se compraron: una lujosa escribanía de plata, artículo de *mucho efecto*, que, por su costo, había permanecido invendible en una de las tiendas de la ciudad, y un ajuar *de lo fino*, para sala.

—Esto no se hizo, decía el secretario López, ni en la edad de oro del General Armadillo, cuando se despilfarraba tanto.

—También es cierto, le respondía el Oficial Mayor, que entonces no figuraban personas de mérito y de gusto como usted.

Del *remanente de cuotas* (porque todavía quedó el eterno remanente) se habló poco entre la junta encargada de los festejos, porque, sin voto en contra, fué aprobada la inversión de dicha suma en cohetes, globos aéreos, *toritos* de fuego, dísticos y otras cosas que minuciosamente se recomendaron al comisionado de las festividades públicas.

¿Se acuerdan ustedes de nuestro conocido Don Faustino Alegría?...

Es posible que no traigan á cuento el nombre de tan eximio demócrata, perdido en el revuelto fondo de estos capítulos. Pues este ameritado organizador de "victores" y otras manifestaciones popu-

lares, fué el que tomó bajo su dirección el programa callejero.

Quería dar *su sorpresa*, y amén de los fuegos... el paseo de antorchas... las tres cucañas y la carrera de gatos, previno un enorme aeróstato que ascendería en la tarde. El globo tenía, además de su disforme corpulencia, una particularidad, la de lucir un soberbio rótulo *alusivo*.

Y mientras estos relámpagos iluminaban el horizonte oficial, en las habitaciones del Gobernador Aceituno, notábase el tráfico y aseo de muebles y tapices; la cocina y la despensa se surtían para la gran comilona; Doña Claudia y las niñas no descansaban un momento, ocupándose en la buena disposición *de la casa*; introdujeron ramos y carrizos y coronas; prepararon todo sigilosamente, para dar también *una sorpresa* al General, y es fama que durante tres días, acapararon al ayudante Rodríguez Istiércol y al complaciente Pérez, á fin de que tomaran parte en el ornato.

Además de lo que cada quien suministró para el objeto que estamos reseñando, no hubo empleado de categoría, ni negociante habilidoso, ni litigante mañero, ni candidato á próximas elecciones, ni buscador de empleos, que no previniera con tiempo su regalito.

Con razón decía Bermejo, quien, no obs-

tante ser diputado, era un jugador empedernido:

—Es bueno cargarse á la que viene.....

Amaneció el risueño día de días del venturoso gobernante, y en esa fecha, el *Periódico Oficial* apareció también en edición extraordinaria, con el siguiente párrafo en el lugar de honor y con los caracteres de más bulto.

"El Redactor y empleados de este periódico, órgano del Gobierno del Estado, tienen la alta honra de presentar con los homenajes del más profundo respeto, su sincera y leal felicitación al digno gobernador, al denodado patriota y defensor acérrimo de las instituciones, al primer magistrado de esta Entidad Federativa, General Don Candelario Aceituno, en su día onomástico."

Y á renglón seguido venía el editorial, todo encaminado al mismo tema, que principiaba así:

"La sonrosada aurora de un día de venturanza, se dibuja en nuestro cielo político, anunciando el más halagüeño porvenir á los hijos de este heroico pueblo....."

Y seguía una serie de piropos para Don Candelario, tan sabidos y manoseados como todos los que sirven para dichos trances.

Al toque de alba se había izado el pabellón nacional en los edificios públicos, al golpe de la banda y del Himno,

Las músicas no paraban de recorrer las calles.

A las nueve, verificóse la "recepción oficial" en Palacio. Una multitud de curiosos dejaba con dificultad en la plaza y los portales, el paso libre á las corporaciones, según iban llegando. Frente á la mansión de los Poderes, los alumnos de las escuelas públicas estaban alineados militarmente. Cada escuela llevaba su estandarte, y todos los niños ostentaban traje nuevo ó pasado por agua y jabón.

—¡Viva el ciudadano Gobernador! gritaban los maestros.

—Vivaa..... respondía el batallón infantil, radiante de alegría.

Entre tanto, venían y seguían llegando comisiones y agrupaciones. Los diputados, serenos y arrogantes; los magistrados, que eran el cenáculo de la ancianidad, cabisbajos, severos, como si fuesen á "fallar en tercera instancia;" los militares, de uniforme nuevo; las sociedades de obreros, con una mezcla de trajes y composturas de lo más disímulo que darse puede.

El telégrafo trabajaba sin cesar, y ese día el correo entregó cuatro veces más correspondencia que de ordinario.

El ceremonial de recepción era sencillo. Entrada en el salón de recibir, genuflexión de los felicitantes, discurso del miembro que presidía el grupo, y.... abrazos fuertes, raptos de emoción, muchas cor-

tesías recíprocas y despedida. Ninguna etiqueta; todos entraban según el orden que les tocaba (como en los consultorios).

—Viva usted muchos años, señor General.

—Gracias, hijito..... gracias..... tú también.

—Mil días como éste, señor.

Gracias también. Pero ¿dónde iban á aguantarme tanto tiempo?

—Quisiera decirle á usted muchas cosas, señor; pero me conformo con la humilde elocuencia del silencio.

—Muy reconocido por todo.

—¡Señor! Que el año próximo *me quepa* la honra de verlo, como hoy.

—Y yo también á usted, y muy agradecido ¿eh?

Bermejo, tras de su discurso, le dijo familiarmente:

—Señor, después de haber tenido la alta satisfacción de estrechar á usted su mano, me da pena lavarme las mías....

—Gracias.... por eso; así no se parecerá á Poncio Pilato.

Sobresalió entre todos, como siempre, Rábula, por su erudición arcaica de viejo legista.

Comenzó diciendo: *Morte nihil certius est, nihil vero incertius ejus hora* (nada hay más cierto que la muerte, ni más incierto que su hora); pero agregó que este principio de los viejos, no reza con los grandes hombres que gozan la inmortalidad.

Elogió las grandes cualidades del General Aceituno, afirmando que poseía todas las virtudes, porque teniendo las mayores, debía ostentar las más pequeñas, conforme á la vieja ley del Digesto, que dice: *Minus semper inest in eo quod plus est*..... Aludiendo á las mejoras de Aceituno, afirmó que si no eran muchas, eran buenas, en lo cual seguía la gran disposición: *Minus est pauca idonee et caute agere quam multa interesse periculose* (es mejor hacer pocas cosas atinadas que muchas con peligro). Y terminó diciendo al General: *¡Mediam viam tenere beati!* (¡felices los que en la vida y empleos, han tocado á la mitad de su camino!)

Esto fué de gran *chispa*, porque le hizo entrever al Gobernador otros destinos más altos.

Aceituno quedó satisfecho, aunque, como siempre, poco entendió, lo mismo que los demás, de tanta palabra extraña.

Cuando llegó el Gobernador á su casa, ya estaba allí la mayor parte de los regalos que se destacaban sobre una mesa, entre tarjetas y mensajes. Un reloj de oro, obsequio de López; una silla de montar, obsequio de Bermejo; un dije portacabello..... obsequio de Ampula; un ejemplar de la Constitución local en lujosa pasta con este espeluznante rótulo: *Ordine turbato succedis barbare* (turba-do el orden, queda la barbarie) obsequio